

8 SEPTIEMBRE 2013
DOM 23-C



Sb 9,13-18. ¿Quién comprende lo que Dios quiere?
Sal 89. Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación.
Flm 9b-10.12-17. Recíbelo no como esclavo, sino como hermano querido.
Lc 14,25-33. El que no renuncie a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío.

1. CONTEXTO

EL RADICALISMO ITINERANTE

La sociología literaria investiga los contactos entre los textos y el comportamiento humano. La tradición de las palabras de Jesús en el cristianismo primitivo representa un problema sociológico, ante todo porque **Jesús no fijó por escrito sus palabras**. Una tradición escrita puede mantenerse durante un cierto tiempo, una tradición oral, por el contrario, está en manos de los intereses de sus transmisores y destinatarios. Una palabra como la de Lucas 14,26, parece fuerte como principio de convivencia humana: “*si alguien viene a mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos y hermanas e incluso a su propia vida, no puede ser mi discípulo*”. Un radicalismo ético hace de las palabras de Jesús algo absolutamente inservible para regular el comportamiento diario. Y se plantea el problema: ¿Quién ha **transmitido oralmente** semejantes palabras durante treinta años o más? ¿Quién las ha tomado en serio?

Los dichos de Jesús sostienen una práctica (ethos) de **desarraigo**. La llamada al seguimiento

significa el abandono de la estabilidad local. Los llamados abandonan barca, campos, mesa de impuestos, casa. Un seguidor recibe de Jesús la siguiente información: “*las zorras tienen madrigueras y los pájaros del cielo nido, pero el hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza* (Mt 8,20) Este desarraigo en el seguimiento de Jesús no se practicó solo en los tiempos de Jesús. La Didajé (o Enseñanza de los Doce Apóstoles, su composición data de los años 70) conoce, por ejemplo, **carismáticos cristianos itinerantes**, de los que se dice que practicaban el estilo de vida del Señor.

La renuncia a la estabilidad incluye la ruptura de las relaciones familiares. De ahí que el profeta cristiano no era estimado en mucho en su ciudad natal y en su casa (Mc 6,4) Difícilmente se puede esperar de las familias abandonadas que lo hayan honrado como a un héroe. Aunque muchos llevaban consigo a sus mujeres en su itinerancia (1Cor 9,5).

Otra característica de la tradición de dichos es **la crítica de la riqueza y posesiones**: la renuncia a las posesiones forma parte del pleno seguimiento (el joven rico, Mc 10,17).

Podemos decir que el radicalismo ético de la **tradición de dichos** es un radicalismo itinerante. Se practica y transmite únicamente en condiciones de vida extremas: solo aquel que está liberado de las ataduras cotidianas del mundo, que ha abandonado casa y hogar, mujer e hijos, que deja a los muertos enterrar a sus muertos y toma por modelo a los pájaros y a los lirios, sólo ése puede practicar como obligación la renuncia al domicilio, familia, posesiones, al derecho y a la defensa. Únicamente carismáticos vagabundos podía hacer tal cosa.

Como marginados sociales, los carismáticos ambulantes cristianos primitivos tuvieron que encontrar ayuda, ante todo, entre aquellos que estaban, ellos mismos, al margen de la sociedad: entre los miserables y oprimidos, entre los pobres y hambrientos, a quienes proclamaban dichosos con sus palabras. El hecho de que aquel rasgo característico de la tradición de Jesús, la referencia a los desclasados social y religiosamente, a los publicanos y prostitutas, quedase conservado, tenía que estar en conexión con el hecho de que los transmisores de las palabras de Jesús se encontraban, ellos mismos, en el estrato más bajo de la sociedad. Y otro dato importante: la tradición de dichos **remite a zonas rurales**. Piénsese en el mundo de imágenes de las parábolas. En ellas aparecen pequeños campesinos, jornaleros y arrendatarios, pastores y dueños de viñas. En ellas se habla de siembra y cosecha, de campo y mala hierba, de rebaños y peces.

(Gerd Theissen. **Estudios de sociología del cristianismo primitivo**. Ediciones Sígueme. Pp.13-40)

2. TEXTOS

2ª LECTURA: FILEMÓN 9B-10. 12-17

1ª LECTURA: SABIDURÍA 9, 13-18

¿Qué hombre conoce el designio de Dios? ¿Quién comprende lo que Dios quiere? Los pensamientos de los mortales son mezquinos, y nuestros razonamientos son falibles; porque el cuerpo mortal es lastre del alma, y la tienda terrestre abruma la mente que medita.

Apenas conocemos las cosas terrenas y con trabajo encontramos lo que está a mano: pues, ¿quién rastreará las cosas del cielo? ¿Quién conocerá tu designio, si tú no le das sabiduría, enviando tu santo espíritu desde el cielo?

Sólo así fueron rectos los caminos de los terrestres, los hombres aprendieron lo que te agrada, y la sabiduría los salvó.

Sab 9,1-18 contiene una preciosa plegaria implorando la sabiduría. Salomón, con humildad, invoca al Dios de sus antepasados y **Señor de la misericordia** ya que tiene la comprometida tarea de gobernar a su pueblo con justicia.

No resulta fácil a nuestra pobre inteligencia conocer **los designios de Dios sobre el hombre**. Es el misterio que tanto rechazan los "inteligentes de este mundo" pero que tan real es. Son muchos los que se creen poseedores de la verdad, los sabedores de la voluntad de Dios, sobre todo cuando de su interés se trata, y de su sectarismo también.

Se compara el cuerpo humano a una tienda en donde habita el alma que medita. Y como su cuerpo, así son también de mezquinos y falibles los pensamientos del hombre. Pues **el cuerpo es un lastre para su alma**. El dualismo antropológico que hace su aparición en este texto es de raigambre griega.

La sabiduría es un don de Dios. Evidentemente no se habla aquí de la sabiduría de los filósofos, de la sabiduría que nos hace doctos, o de la ciencia que nos "infla"; se habla de una sabiduría eminentemente práctica, de la sabiduría de la vida que conduce a la salvación integral. En este sentido, **sabio es aquel que conoce la voluntad de Dios**

SALMO RESPONSORIAL SAL 89,

R. Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación.

Tú reduces el hombre a polvo, diciendo: «Retornad, hijos de Adán.» Mil años en tu presencia son un ayer, que pasó; una vela nocturna. **R.**

Las siembras año por año, como hierba que se renueva: que florece y se renueva por la mañana, y por la tarde la siegan y se seca. **R.**

Enséñanos a calcular nuestros años, para que adquiramos un corazón sensato. Vuélvete, Señor, ¿hasta cuándo? Ten compasión de tus siervos. **R.**

Por la mañana sácianos de tu misericordia, y toda nuestra vida será alegría y júbilo. Baje a nosotros la bondad del Señor y haga prósperas las obras de nuestras manos. **R.**

Querido hermano:

Yo, Pablo, anciano y prisionero por Cristo Jesús, te recomiendo a Onésimo, mi hijo, a quien he engendrado en la prisión; te lo envío como algo de mis entrañas.

Me hubiera gustado retenerlo junto a mí, para que me sirviera en tu lugar, en esta prisión que sufro por el Evangelio; pero no he querido retenerlo sin contar contigo; así me harás este favor, no a la fuerza, sino con libertad.

Quizá se apartó de ti para que lo recobres ahora para siempre; y no como esclavo, sino mucho mejor: como hermano querido.

Si yo lo quiero tanto, cuánto más lo has de querer tú, como hombre y como cristiano. Si me consideras compañero tuyo, recíbelo a él como a mí mismo.

Pablo está en prisión, posiblemente en Éfeso hacia mediados de los años 50. Tendría unos **55 años** y en esos tiempos era ya considerado un anciano. Un buen día un esclavo se presenta ante él. Se llama **Onésimo** y se había escapado de casa de su **dueño Filemón**. Le había quitado dinero. Pablo conoce bien a Filemón y a toda su casa (2). Él lo había bautizado. Pero también conoce a Onésimo, el esclavo fugitivo, que ha llegado a ser cristiano igualmente gracias a Pablo (10).

¿Qué puede hacer? Podría retener a Onésimo con él y poner a Filemón ante un hecho consumado. No lo hace, sino que envía a Onésimo con una carta escrita de su puño y letra (19). **Filemón debe acogerle, perdonarle y tratarlo en lo sucesivo como a un hermano.**

No pretende Pablo hacer campaña directa en favor de la abolición de la esclavitud. Tanto él como el cristianismo en general buscaron la solución al problema de la esclavitud, no por caminos de violencia, sino a base de **llevar hasta sus últimas consecuencias la fraternidad evangélica**. Solo el amor cristiano nivela cualquier desigualdad. Al vínculo de posesión se sobrepone el vínculo de hermandad, que es el definitivo. Por eso Pablo pide a Filemón que reciba a Onésimo, no como lo que era antes, un esclavo, sino como lo que es ahora, un hermano en Cristo

Aparentemente se trata de una carta privada que concierne solamente a Filemón, a Onésimo y al mismo Pablo, pero por el número de personas que aparecen, siete en total, ya sea como remitentes o como los que envían saludos en la despedida final, parece como si el autor quisiera tratar el asunto a la luz pública cristiana, como caso **ejemplar y normativo**.

EVANGELIO: LUCAS 14, 25-33

Volvemos al camino hacia Jerusalén y el narrador nos dice que mucha gente sigue a Jesús. Han quedado prendidos de su enseñanza, que promete el acceso al Reino, y admirados de su poder de curar, que prueba la verdad de su credo. Jesús se dirige a todos los que están pensando hacerse discípulos suyos para rebajarles el entusiasmo, recordando las exigencias que impone la dinámica de la fe, que se basa en un **largo camino de relación** en el que no basta la buena voluntad.

El anuncio que nos ha hecho la parábola anterior (la del banquete de bodas: **14,15-23**) de que el reino está abierto a todos, plantea necesariamente el problema de **las**

exigencias que deben cumplir los que marchan por ese camino. **El seguimiento de Jesús** pide muchas veces **la renuncia y el despojo**.

Para Lucas, ser discípulo de Cristo incluye no solo la aceptación de las enseñanzas del Maestro, sino también **una identificación personal con el estilo de vida de Jesús y con su destino de muerte**, que es lo que verdaderamente crea una dinámica interna de seguimiento.

25-26 *En aquel tiempo, mucha gente acompañaba a Jesús; él se volvió y les dijo:*

- «Si alguno se viene conmigo y no pospone a su padre y a su madre, y a su mujer y a sus hijos, y a sus hermanos y a sus hermanas, e incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío.

Estas palabras que Jesús dirige a la gente que le acompaña en su camino a Jerusalén forman un discurso unitario y **establecen tres condiciones**.

La primera condición exige una actitud de **disponibilidad interna** para subordinar a la condición de ser discípulo los afectos más fundamentales, como el amor a la familia e incluso la conservación de la propia vida.

Se trata de hacer una **opción radical** por la persona de Jesús y por la nueva escala de valores que él propone. La antigua escala, nos comenta Rius-Camps, personificada por las relaciones familiares, a la que es necesario renunciar, es común a toda sociedad humana. **Los valores del reino deben estar por encima de todo.**

La presencia del **verbo "odiar"** (la traducción litúrgica dice "posponer") da a la formulación de Lucas una mayor radicalidad que la máxima correspondiente en Mateo, centrada en el amor (*el que quiere a su padre o a su madre más que a mí*, 10,37). Este verbo sustituye la forma comparativa, que no existe en hebreo. En ese caso, **el significado es "amar menos"**. Quiere decir que hasta las personas más cercanas pueden convertirse en obstáculos para la radicalidad que Jesús exige. En caso de conflicto el discípulo tiene que elegir entre los vínculos familiares que reclama la naturaleza y la fidelidad al Maestro.

"Ser discípulo", nos aclara Bovon, es ser aceptado por el Maestro. Para ello **hay que estar aquí y no en otro sitio, atento y no distraído**. Dispuesto a aprender no ya la sabiduría humana, sino la divina. No a través de un aprendizaje intelectual sino global; de la cabeza, del corazón, de la voluntad, del cuerpo. Para hacerlo comprender **el NT recurre a diversas imágenes**: desnudarse, morir, dejar, no volverse atrás, odiar.

27. *Quien no lleve su cruz detrás de mí no puede ser discípulo mío.*

La segunda exigencia, formulada en clave simbólica –"aceptación de la propia cruz, caminar detrás" del Maestro- es de una extremada radicalidad.

Ser verdadero discípulo significa **compartir día a día la misma suerte que el Maestro**; el camino que tiene que recorrer Jesús es el camino que el discípulo tiene que seguir.

La renuncia al interés personal, la aceptación sincera de la propia cruz y seguimiento del Maestro define los principios fundamentales de **la fidelidad cristiana**.

Podemos preguntarnos: **¿es una palabra auténtica de Jesús?** La imagen de cargar con la cruz no aparece en la literatura rabínica, el espectáculo de criminales camino de la crucifixión era tan frecuente en la Palestina dominada por Roma que bien pudo recurrir a esa metáfora para exponer lo radical de sus exigencias. Jesús expresó originariamente la idea de "seguimiento" con la metáfora de **"cargar con su yugo"**.

Algunos comentaristas defienden que la frase originaria de Jesús hablaba de **"llevar su señal"** grabada en la frente, en el brazo o en la mano. Esa señal hace referencia a la **"marca"** de la que habla el profeta Ezequiel: *"Y el Señor me dijo: recorre la ciudad, Jerusalén, y marca con una cruz en la frente de los hombres que gimen y lloran por todas las abominaciones que se cometen en ella"*(9,4), la marca de la tau que en algún tiempo tuvo forma de **cruc o de X**, y que después de la crucifixión de Jesús llegó a identificarse con la cruz en la que había expirado el Maestro; esa interpretación fue configurando la máxima en el seno de la comunidad primitiva (Dinkler).

Como vemos esta interpretación tiene ingenio. La explicación más razonable de esta enigmática demanda que se plantea el discípulo parece ser la reformulación de un dicho de Jesús que originariamente hablaba de **"cargar con su yugo"** (Mt 11,28)

28-32. *Así, ¿quién de vosotros, si quiere construir una torre, no se sienta primero a calcular los gastos, a ver si tiene para terminarla?*

No sea que, si echa los cimientos y no puede acabarla, se pongan a burlarse de él los que miran, diciendo:

"Este hombre empezó a construir y no ha sido capaz de acabar."

¿O qué rey, si va a dar la batalla a otro rey, no se sienta primero a deliberar si con diez mil hombres podrá salir al paso del que le ataca con veinte mil? Y si no, cuando el otro está todavía lejos, envía legados para pedir condiciones de paz.

La seriedad de un compromiso que requiere tales condiciones se ilustra con estas dos parábolas. La recomendación esencial que Jesús hace a sus seguidores es que antes de tomar una decisión comprometida ponderen con calma y con serenidad **las implicaciones** de ese paso. Porque puede haber una exaltación entusiasta y después no va a tener fuerzas para llevar a cabo el proyecto. El meollo no se sitúa a nivel de voluntad sino de poder, **de ser capaz**. La posibilidad de hacer el ridículo o verse en la tesitura de rendirse sin condiciones se debe prever y no precipitarse.

33. *Lo mismo vosotros: el que no renuncia a todos sus bienes no puede ser discípulo mío.»*

En el momento que las parábolas nos recomienda contar con los recursos y calcular nuestras capacidades, este v.33 concluye con una orden de abandono: el cristiano de Lucas tiene que deshacerse de sus falsas seguridades. Los "bienes" que tanto preocupan al evangelista son falsos apoyos. **La última exigencia** implica una radicalidad: **la renuncia a "todos" los bienes materiales**.

3. PREGUNTAS...

1. NUESTRO SEGUIMIENTO.

Nos podemos preguntar con honestidad: **¿Cuál es mi seguimiento real de Jesús? ¿Cuál es mi vinculación y mi adhesión personal a él?** Porque la opción por Jesús es un acto consciente y libre que se realiza en el interior de uno mismo.

El seguimiento a Jesús no es una mera imitación, es construir cada día desde nuestra vida, con el estilo de vida de Jesús, una nueva humanidad abierta a los valores del Espíritu. Seguir a Jesús significa continuar sus prácticas y actitudes, mantener su memoria subversiva y contagiar su esperanza. **Y a Jesús se le conoce y se le encuentra únicamente desde el seguimiento.** Y no significa abandonar la propia historia de cada cual como tarea a realizar.

El seguimiento es **el proyecto** por excelencia ante el cual todo proyecto humano cae por tierra o sencillamente pasa a un segundo plano.

Una **de las condiciones** que el evangelio de hoy nos muestra de forma exigente y frontal es la **adhesión y la renuncia**. Lo primero es la adhesión y ya vendrá, ya caerá por su peso, la renuncia.

Cuando uno mismo **se apasiona por alguien**, la renuncia se hace sencillamente liviana, pierde sus dimensiones que la hacen difícil, **se vuelve yugo llevadero y carga ligera**. Dicha opción se convierte en la perla preciosa o el tesoro escondido ante el cual se vende todo lo que se siente para adquirirlo, sabiendo que todo lo demás se nos dará por añadidura.

Hay que **renunciar voluntariamente** a los tres falsos valores: **al dinero** (afán de ser ricos), **al brillo** (ambición de figurar), **al poder** (deseo de dominar). Y en vez de acaparar, compartir lo que se tiene; en vez de encumbramiento, igualdad; en vez de dominio, solidaridad y servicio humilde y voluntario; en vez de rivalidad, odio y violencia, hermandad, amor y vida.

Y se crea así la comunidad cristiana donde están unos arriba y otros abajo, sino donde todos son últimos y todos son primeros. Son los hermanos con un solo Padre, los servidores con un solo Señor, los discípulos con un solo maestro, los pobres cuya riqueza y seguridad es Dios mismo. Donde no hay mío ni tuyo, el grupo de la alegría completa, del afecto mutuo, del perdón fácil y continuo, donde no hay rivalidades ni partidismos sino que todo está unido por el amor y la ayuda mutua. Donde cada uno arrima el hombro a las cargas de los demás, las cualidades de cada uno se ponen al servicio de todos y autoridad significa mayor servicio y nunca superioridad.

Así resulta la vida cristiana, una opción de vida, de incalculable valor, que conviene renovar día a día, mediante todos los medios que tenemos a nuestro alcance: **la oración, la vida comunitaria y fraterna, la escucha de la Palabra de Dios, la cercanía con los más necesitados, la caridad.**

- *¿Siento la llamada a vivir todo esto?*

2. CARGAR CON LA CRUZ.

Hemos entendido mal, a mi parecer, lo de cargar con la cruz. No cualquier desgracia, no cualquier sufrimiento es una cruz. Aunque lo digamos. Hay sufrimiento que está provocado por nuestro propio pecado, por nuestra manera insana de vivir, por nuestras limitaciones. **Lo doloroso de la vida lo llamamos cruz.** Solo es cruz la consecuencia de nuestro seguimiento. Bien claro no los dice **Bonhoeffer**: "La cruz no es el mal y el destino penoso, sino el sufrimiento que resulta para nosotros únicamente del hecho de estar vinculados a Jesús" (El precio de la gracia, E. Sígueme. pg 52).

Lo primero es el seguimiento, la adhesión a Jesús. Y eso trae como consecuencia rechazos y persecuciones.

No es cierto que el dolor, por ser dolor, nos acerque a Dios. Dios es Padre bueno y quiere la felicidad para sus hijos. Por eso nos anima a luchar contra la injusticia, que tanto sufrimiento causa, y nos invita a incorporarnos a la tarea de construir un mundo en el que sea posible la felicidad para todos. Trabajar para que su **Reino de paz y justicia** se haga realidad

. Y eso nos puede llevar a la cruz, o a la hoguera, o al descrédito. Este sufrimiento, por lo que tiene de amor, sí es agradable a Dios.

- *¿Qué sentido le doy a mi cruz?*

3. SEGUIR AL MAESTRO.

En una sociedad pobre, como la suya, en la que los miserables vivían sin esperanza, arrinconados y considerados como olvidados de Dios, cubiertos de enfermedades y poseídos por los demonios **Jesús llega y se propone como el hermano universal**, el hombre cercano, el profeta de lo imposible.

¿No es posible en nuestro "pequeño mundo" crear esperanzas, acercarse al que más lo necesita, tratar a todos como iguales y valorar al diferente?

En un momento histórico en el que el hombre y menos aún la mujer o el niño, es decir, la persona humana, no contaba nada y cualquiera podía tener sobre ella el derecho de vida y muerte, ya que lo que contaba era la fuerza violenta, **Jesús se presenta como "el hijo del hombre"**, es decir como "el hombre", sin más, porque solo ser hombre o mujer es la mayor de las dignidades.

¿No es posible comprometerse en las asociaciones que trabajan con inmigrantes, con drogadictos, con los presos etc, para ayudarles a recuperar su dignidad de persona?

En una sociedad –la de entonces y la de ahora– donde primaba el poder y la gloria, en la que los agasajados y temidos eran los de siempre, los honorables, los del poder despótico, los santurriones falaces, **Jesús se presenta como el amigo** de los publicanos, las prostitutas, los paralíticos, los ciegos, los excluidos de todo y de de todos.

¿No es posible, desde el roce diario, con los "parecidos de hoy", que nos dejemos evangelizar por los más pobres? ¿Qué nos lo impide?

Juan García Muñoz (jngarcia@gmail.com)
Parroquia San Pablo. HUELVA. ESPAÑA
<http://www.escuchadelapalabra.com/>